



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Mientras tanto: crónica de lo político y de lo personal en pandemia
María Magdalena Aragón
Letras, (9), e203, artículos, 2020
ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Mientras tanto: crónica de lo político y de lo personal en pandemia

Por **María Magdalena Aragón**

magdalena.aragon@hotmail.com | <https://orcid.org/0000-0002-7050-8518>

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

La siguiente crónica ofrece un análisis general de las circunstancias que atravesó la Argentina durante el aislamiento social preventivo y obligatorio que se produjo como consecuencia del avance del covid-19 durante 2020. El desarrollo de la experiencia personal de la autora funciona como excusa para mostrar las subjetividades que conviven y sobreviven a las nuevas condiciones y para dar cuenta de la interacción innegable entre las esferas públicas y privadas. La autorreferencialidad intenta mostrar cómo las diferentes aristas de la vida cotidiana han sufrido transformaciones considerables y estructurales, al mismo tiempo que invita a pensar la empatía bajo la afirmación de que lo personal es político.

Palabras clave

covid-19, pandemia, República Argentina, coronavirus, crónica

Era otra vez domingo, un 15 de marzo para ser precisa, y estábamos reunidos en familia en la provincia de Río Negro. Habíamos viajado hasta ahí para poder pasar al fin un cumpleaños con Samuel, sobrino que había tenido que migrar al sur por el trabajo de su papá. Cuando el sol nos estaba abandonando para dar lugar al viento que anunciaría tímidamente la pronta llegada del otoño, los festejos se fueron desvaneciendo para reunirnos a todes frente al televisor. Hablaba el presidente, Alberto, aquel al que solo unos meses atrás habíamos elegido para que nos condujera en un momento que sabíamos de antemano muy complicado. Habíamos depositado en él mucha esperanza, esa contra la que había atentado, una vez más, el despiadado neoliberalismo. Al menos en parte, Mauricio Macri y su equipo autopercibido como el mejor de los últimos cincuenta años se habían ido, pero quedaban sus fantasmas y la seguridad de que el camino no estaría allanado. Escondidos bajo las promesas vacías de su campaña, quedaban altos niveles de deuda, abultados índices de pobreza y desempleo, y paritarias congeladas.

Según el Ministerio de Economía, en 2019 el endeudamiento alcanzaba el 90 % del PBI. La Universidad Católica Argentina manifestaba que el 40 % de los ciudadanos estaba bajo la línea de pobreza. Todes sabíamos que la tarea de Fernández no sería sencilla, pero ni la agudizada visión de Julio Verne hubiera podido adelantar lo que significaría ese 2020 para los argentinos y para el mundo.

El anuncio del Presidente fue claro, pero igualmente la confusión reinaba. Las clases de todos los niveles educativos se suspendían hasta el 31, ¿igualmente la universidad en donde trabajo abriría sus puertas? Los espectáculos públicos se cancelaban, ¿de todas maneras Matías podría atender los caballos que se preparaban para correr? Al día siguiente debíamos tomar un avión de regreso a La Plata, y no terminábamos de entender siquiera cómo haríamos eso. Hacía tiempo que observábamos, con cierta desconfianza y solo como espectadores,

lo que ocurría en otras partes del mundo: el coronavirus avanzaba, la gente enfermaba y moría, el aislamiento social se presentaba como alternativa frente al avance del contagio. Para fines de marzo, la CNN anunciaría más de 770.000 casos y más de 36.000 muertes en todo el mundo. Como una pésima película de terror, este solo sería el comienzo.

Poco antes de empezar esta extraña pandemia, la tormenta ya había alcanzado a mi familia: papá tendría que someterse a quimio, con un panorama más precario que angustiante. Ese 15, justamente dos días antes del cumpleaños número 73 del viejo, nos sacudía brutalmente y nos obligaba a preguntarnos sin decirlo en voz alta qué pasaría con ese tratamiento inmunodepresivo. Adelantándome a lo que después ocurrió, por un tiempo todo eso también sería interrumpido: obligades por la situación y a resguardo, la mayoría de les enfermes y pacientes se verían forzades a aplazar turnos y procedimientos médicos. Como si todo esto fuera poco, la burocracia haría lo suyo y lo complicaría todo.

Ya en La Plata, los días que le siguieron al del anuncio fueron aclarando un poco el panorama y, más allá de la incertidumbre que nos seguía acompañando, las cosas no parecieron tan difíciles: solo tendríamos que quedarnos en casa, salir lo menos posible, no ver a otras personas y esperar a que llegaran los últimos días de marzo. Pero esos días de marzo se hicieron presentes y con ellos Alberto para decirnos lo que tantas veces le escucharíamos explicarnos pacientemente entre filminas: la cuarentena debía extenderse. La mayoría de la prensa pareció estar de acuerdo. En ese entonces al menos, no se visualizarían otras alternativas claras posibles: la economía debía esperar, era momento de proteger la salud de los más de 44 millones de argentinos.

Con Matías nos habíamos casado en noviembre y teníamos un viaje pagado y planeado, pero, después de charlar mucho la situación y analizar el complejo contexto, decidimos que este fuera demorado. Al comienzo, el cierre de

fronteras se hizo efectivo solo para quienes quisieran entrar y no fueran natives o residentes, pero con el pasar de los días las restricciones comenzaron a ser casi totales. Fue la golpeada y desprestigiada aerolínea de bandera la encargada de repatriar a los argentinos varados en el exterior; fue Aerolíneas Argentinas, privatizada en los 90 y vuelta a gestión estatal en 2008 bajo el gobierno de Cristina Fernández, quien se ocupó de retornar de a poco a quienes habían quedado fuera cuando los demás países también habían anulado sus diferentes puertos. En ese entonces recuerdo haber pensado lo golpeado que se vería el turismo: la economía ya se cobraba sus primeras víctimas desde el día uno. Lo sabíamos, y también sabíamos que Alberto era consciente de eso.

Llegó abril y, a diferencia de todos los años, festejé mi esperado cumpleaños solo con mi compañero. Planeé en mi mente mil cosas que haría para celebrar cuando la pesadilla terminara: ¡qué ilusa! Los *zoompleaños* se convertirían en parte de una nueva normalidad en donde las tecnologías parecerían ser las grandes protagonistas, acompañadas de cerca por las empleadas precarizadas que en sus móviles llevarían amor materializado de aquí para allá. Ese mes fue especialmente difícil, también mayo.

La vida, permitiéndome la abstracción, abofetea de manera inesperada. Matías y yo perdimos un embarazo. Más que nunca, la falta de contacto físico transformaría a los adelantos tecnológicos en las vedettes del momento. La sensibilidad del sistema de salud se hizo imprescindible y el ocultamiento de las sonrisas cómplices bajo los barbijos casi insoportable. Debo confesar, sin miedo a hacerlo, que el pánico se adueñaba de todo cuando ingresaba, siempre sola por protocolo, a hospitales y consultorios. Una cosa se hizo evidente: las enfermeras, las empleadas de la salud y los médicos (que al comienzo eran aplaudidos desde los balcones, que más tarde se sumarían a los justos reclamos salariales que se repetían a lo largo del mundo y que finalmente serían

ignorades por la comunidad cuando estos pidieran que la gente se cuidase) estaban tan desconcertades como dispuestes a dar todo de sí.

La empatía sigue siendo la gran vacuna contra la pandemia del individualismo y de ese famoso sálvese quien pueda que atenta contra el mundo. Por suerte siempre el amor es más fuerte, como decía Tanguito, y lo supimos en la gente que nos rodeaba y en las acciones de esos seres anónimos que hacían algo por le otre desde sus lugares. Lo sentimos siempre.

Con el diario de septiembre

La empatía sigue siendo la gran vacuna contra la pandemia del individualismo y de ese famoso sálvese quien pueda que atenta contra el mundo. Por suerte siempre el amor es más fuerte, como decía Tanguito, y lo supimos en la gente que nos rodeaba y en las acciones de esos seres anónimos que hacían algo por le otre desde sus lugares. Lo sentimos siempre.

Aquí decido comenzar a escribir en presente; sí, en presente. Es arbitrario. Me recuerdo que no es una ficción: no, lo sé, es una crónica. Es una horrible crónica. Ya quisiera yo que fuera una ficción hecha y derecha y que nada de esto fuera real. Bueno, en fin, quiero contarles a ustedes qué ocurrió, qué ocurre, ¡como si no lo supieran!

El resumen de los últimos quince días que Google muestra como primer resultado indica, al 10 de septiembre, que son 905.000 los decesos en el mundo por covid-19 (con casi 28 millones de contagiades). En la Argentina ya superamos tristemente la barrera de las 10.000 muertes (512.280 son les afectades contabilizades). Como adelanté, marzo solo era el comienzo.

Estoy viviendo con mamá. La cuarentena... no, no, me corrijo: el Coronavirus y lo poco que pudimos hacer contra él nos siguieron pateando. Mati se quedó sin trabajo y tuvo que viajar en búsqueda de algo. Todavía no sé de qué, de algo.

Recién a fines de agosto las carreras volvieron al Hipódromo de Palermo, no así a los otros predios de los que tanta gente depende, pero que se evidencian como probables puntos de contagio. En 2018, cuando la gobernación de María Eugenia Vidal amenazaba la industria, Diego Quiroga, Secretario General de la Asociación del Personal de los Hipódromos, Agencias, Apuestas y Afines de la República Argentina, aseguraba que 70.000 familias vivían del Turf. Lo del viaje fue hace ya bastante más de un mes, y la soledad y la distancia son cada vez más pesadas y malas compañías, eso lo sabemos todes.

El cuatrimestre pasado fue duro, también tan gratificante como suele serlo la docencia. El yin y el yang. Con mis compañeros de cátedra de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP dimos clase desde nuestras casas, con las herramientas que teníamos al alcance y con otras tantas que improvisamos para que el sueño de la universidad pública, inclusiva y de calidad siga siendo lo más real posible. Les estudiantes y les docentes también lo dimos todo. Nos adaptamos, o lo intentamos, y garantizamos que muchos pudieran aprender y enseñar. Muchos no son todes, lo sé. Muchos otros quedaron en el camino, entre otras cosas porque el Programa Conectar Igualdad.com.ar que, por decreto N.º 459/10 de la entonces Presidenta Fernández, les brindaba tecnología a muchísimos ya no funcionaba como se había planteado en su lanzamiento: había sido una víctima más de las políticas educativas del macrismo. «Nadie que nace en la pobreza llega a la universidad»: tal vez no en esas condiciones a las que nos sometieron durante cuatro años. «... no hables de meritocracia, me da gracia, no me jodas, que, sin oportunidades...» y sin políticas públicas, me animo a agregar, «...esa mierda no funciona».

En estos extraños días, sin entender demasiado aún, hago mandados para que Mechi, nueva protagonista de mi convivencia, no pise la calle (tampoco la vereda para ser justa). Me organizo para que sea solo una salida por semana y vuelvo agitada entre el barbijo, el peso de las bolsas y la angustia de no saber

cuándo va a terminar esto. Trabajo desde casa, me organizo la lectura y la escritura entre mates durante el día, pero sufro de insomnio y las noches terminan a las 5 a. m.

Respecto a Mechi, como ya dije, hace casi seis meses que el patio es su único contacto con el sol. No se queja, sabe que es una privilegiada, aunque muy lejos esté de las jubilaciones de privilegio y de ser parte de esos que se negarán a pagar el famoso «Aporte Solidario, Extraordinario y por única vez vinculado a los patrimonios de las personas humanas» que los medios hegemónicos presentan falsamente como impuesto a la riqueza. Somos cuatro hijas muy intensas y la cuidamos de la exposición, hemos tenido la suerte de poder hacerlo. También nos cuidamos nosotras; también cuidamos a otras evitando salir de nuestros hogares cuando no es estrictamente necesario.

Ayer le comenté a mi hermana mayor, Agustina, que mamá está fumando mucho; ya no compro atados sino cartones. Me come la culpa el ser su cómplice en este vicio, pero me pregunto qué voy a enseñarle yo después de los 73 años que tiene. Lo había dejado hace un tiempo, después de una gripe que ya no se había curado tan rápido como solía hacerlo, pero volvió; y la ansiedad y la negación de los suyos que produjo la pandemia fueron un combo explosivo. La salud está en peligro, la física y la mental, estamos en jaque. En la edición de Infobae del 29 de mayo, replican que según el trabajo de un equipo del Área de Salud y Población del Instituto de Investigaciones Gino Germani (Facultad de Ciencias Sociales, UBA) se triplicó el número de personas que consumen bebidas alcohólicas todos los días. Mi mal, el insomnio del que les hablé, parece que no solo a mí me persigue y que es una condición más generalizada de lo que podríamos pensar. Si dormir se hace difícil, imaginen soñar.

A mamá la escucho levantarse muy temprano en las mañanas y correr a la computadora a leer el diario. Supongo que esto lo repite hace ya mucho tiempo, y que, desde que vive sola, ese café tomado junto a la ventana del

escritorio se convirtió en uno de esos rituales sagrados de los que nos cuesta escapar. Otra vez no digo nada, pero no me gusta que se sobreinforme; creo que el exceso hace daño y atenta contra la estabilidad emocional, o contra lo que queda de ella. La entiendo, no puede escaparle a las realidades, a su deber analítico como socióloga y como ciudadana comprometida. En este mismo sentido, observo cómo los programas de juegos y concursos invadieron la grilla de los canales de aire de la televisión: tal vez para contrarrestar el hecho de que el público, cansado de tanta carga informativa, le dio la espalda a los noticieros. La mayoría de las publicidades nos atacan y nos crean la necesidad de consumir medicamentos vendidos sin receta que en verdad no necesitamos. Salud mental: se busca, pero no es ahí donde ha de encontrarse.

Agustina tiene dos hijas en edad escolar, y paciencia limitada. Trabaja desde su casa y organiza responsablemente las obligaciones de toda su caótica y hermosa esfera. Convive con Pali, el papá de las nenas, que también se reparte entre las lógicas familiares y su nueva labor. Ahora produce y vende sorrentinos porque su actividad gastronómica y sus ingresos están parados. Son tiempos difíciles para la mapaternidad, lo son para las economías, lo son para todo. Como las profesiones y los oficios, los roles familiares han tenido que adaptarse a los nuevos tiempos y esas transformaciones, establecidas a los empujones por la falta de predictibilidad, no se dieron de manera armónica. Aplicaciones, redes sociales y páginas que facilitan el contacto entre personas de manera virtual se incorporaron a la cotidianidad: no solo para el ocio y festejos de cumpleaños, sino también y principalmente para reuniones, trabajos y clases. La empresa Zoom, que es china y ya tiene casi 10 años, cuenta en su página a les usuaries que debió modificar sus condiciones para adecuarse a la nueva era. Elles también se vieron sorprendides y colapsades. Les niños no dicen tanto ni vienen con portadas aclaratorias, pero sienten y resienten: como bombas pequeñas.

Samuel, el sobrino golondrina, tiene un nuevo hermano: Amaru. Su mamá es docente de secundario y parió durante esa distancia de barbijos y manos que, aunque quieran, no pueden acercarse. El papá esperó a que lo llamaran a trabajar mientras con preocupación y tristeza vivenció el despido de sus compañeros en manos de una multinacional que no pudo o no supo esperar. Mis hermanas Mercedes y Alejandrina viven en departamentos del centro: la primera intenta amigarse con la idea de estar sola y casi encerrada adaptándose a su nuevo trabajo desde la computadora. La segunda se arriesga todos los días en el transporte público para llegar a trabajar como esencial en Prensa de un Ministerio realmente esencial que en 2018 veía cómo su versión nacional era reducida a Secretaría. Las dos cayeron orgullosas como docentes en la pública, así que también se reparten para poder cumplir con las reformadas condiciones de sus estudiantes.

El plano de lo simbólico, que nunca escapa a las disputas de poder, no pudo mantenerse inmóvil: actualmente la mayoría conoce la diferencia entre términos técnicos como Coronavirus (nombre del virus) y covid-19 (la enfermedad que este produce). Ya no se habla de cuarentena, es aislamiento social preventivo y obligatorio ahora. En nombre de las libertades individuales, se descuida a los otros, sobre todo a los más vulnerables conocidos ahora como grupos de riesgo. El 12 de agosto, Alberto Fernández al fin anunció que la vacuna que testean en Oxford se encuentra superando las últimas etapas de prueba y que la misma será producida entre la Argentina y México para toda Sudamérica (exceptuando por cuestiones específicas a Brasil). Este halo de esperanza que se asoma entre tanta incertidumbre tiene que entenderse necesariamente de la mano de los investigadores y de la educación. Estos sectores fueron fuertemente desatendidos y desfinanciados durante el gobierno anterior y es preciso que esas políticas se reviertan de manera considerable muy pronto.

Como también vemos en otras regiones del mundo, gran parte de la prensa y de la sociedad está furiosa con las decisiones de Alberto y de los demás gobernantes sobre continuar con medidas preventivas tan extremas. Aquí el hartazgo parece presentarse como excusa válida para el incumplimiento. Algunos de los protocolos aprobados para abrir actividades y espacios que realmente necesitaban reactivarse (como tantos otros que no han corrido la misma suerte aún) parecen frágiles frente al entusiasmo imprudente de quienes se reúnen sin los recaudos necesarios.

En estos días, el cansancio y las necesidades parecen confundirlo todo. Un sector de la Policía Bonaerense reclama armado por aumento de salarios, mientras los mediques piden a gritos la mejora de sus condiciones laborales y los docentes deben cumplir con objetivos para los que no fueron preparados. Los profesionales más expuestos y los gobernantes piden solidaridad, pero resultan desoídos por muchos.

Los feminicidios y la desaparición de personas, muchas veces en manos de las fuerzas de seguridad, siguen ocupando un lugar casi irrelevante en los medios. Insisto, debemos comprometernos más con los otros, con nosotros. La empatía debe ser bandera.

Mi vida es muy simple, como la de tantos otros argentinos: nada me diferencia de todas esas extremas situaciones que cualquier lector pueda haber vivido durante estos difíciles seis meses. Solo intento mostrar cómo nos ha dado vuelta esta pandemia en términos económicos, sociales y personales. Fue la pandemia, la decisión política vino después, o antes, o mientras tanto. Ya no sé.